

Estrella mira todo eso a través de la lágrima compulsiva que le borrona la luna.

NARRATIVA



Predicciones

GINÉS CRUZ



31

Hace diez años

Estrella está bordándose unas trenzas frente a la luna. Estrella está bordándose unas trenzas frente a la luna del viejo ropero cuando se le angustian los dedos, la liga del cabello se le resbala y se queda mirando el cristal. En sus ojos, que ella ve con sus ojos, una lágrima se derrama compulsiva. Estrella lo sabe: mamá atravesó el parabrisas del auto, el idiota borracho pasó un rojo y la carambola no sólo se ha llevado a mamá sino a otros cinco y... sí, relatémoslo con calma.

Estrella está bordándose unas trenzas frente a la luna. Mamá va conduciendo hacia la casa. Mamá vuelve del trabajo a las tres para preparar la comida de Estrella y Julián; la prisa le corretea por una ciudad de tráfico estancado. Así de rápido es, así de lento, el instante en que pasando un verde la golpea de lado un *datsun* gris; mamá mira a su alrededor dos veces antes de que un azul compacto la vuelva a atravesar lateralmente; mamá se suspende en el tiempo, atrás suena un crash, otro crash, jalones del cuerpo, vista ubicua en mamá, rechinado de frenos, frenar el tiempo es imposible aunque los últimos segundos de mamá sean eternos antes de que sus ojos vuelen entre el parabrisas, un colibrí de sangres alas: Estrella mira todo eso a través de la lágrima compulsiva que le borrona la luna.

Julián entra a los quince minutos.

- ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?
- Mamá está muerta.
- Cállate, no lo digas ni...



Debí hacerle caso a Estrella mientras oía el sol. Debí hacerle caso a Estrella mientras oía el sol del piano viejo de mamá para afinarse y cantarle a los invitados.

Suena el teléfono. Estrella sabe quién llama. A Julián le invade el escalofrío. Lo mismo ocurrió con papá.

Hace once años

Estrella duerme junto a una estrella. Estrella duerme junto a una estrella de mar que se asoma entre la arena de la playa. Estrella no debe dormir bajo el sol, ya se lo ha dicho su mamá, que se va a rostizar como pollo, que se va a desahuciar, que su piel blanca es frágil, pero el sueño la atrapa, y la atrapó tanto que no mira la realidad, aunque sí pues en sus sueños está papá, alto, fornido y guapo. Qué guapo es papá, va nadando entre las olas, es un campeón. Estrella no sería capaz de meterse hasta allá sin salvavidas, Estrella no se mete hasta allá simplemente.

Una ola tiene cara de tiburón, no sólo la cara, también los dientes; otra ola tiene brazos *anguilares*, que en el nado *sireno* de papá de pronto asestan revuelco alevoso, las dos juntas, la ola tiburón, la ola anguila; a papá se le pierden la vista y el tiempo entre la sal y la espuma (tan poéticas en ciertos casos): sumergido nada, escucha; sumergido, nada escucha más que el zumbido estrepitoso de las olas; sumergido, revolcado, nada mira más que el azul oscuro del mar, y logra emerger de pronto, nervioso, y ve por un segundo la puesta del sol, voltea para mirar la playa donde Estrella está durmiendo junto a una estrella, y ese de pronto es muy de pronto porque otra ola da un nucazo furioso, revuelca, arrastra hacia zona pedregosa. Tan poéticas

suelen ser las grandes rocas habitantes del mar, que habitan cangrejos, algas y plancton, pero no lo son cuando ves una a un metro de tu cara y una ola te está sacudiendo sin control y en segundos ves tu rostro adherido en la piedra, manchas rojas, inconsciencia, y otra ola que remata, y otra ola pandillera que perfecciona el cuadro, y ya vienen muchas más allá atrás, cantando esos zumbidos –tan poéticos en ciertos casos– manando esa leche, dibujando espirales, revolviendo el rojo de la sangre de papá que se vuelve parte del rompiente.

Julián mira que Estrella junto a la estrella despierta espástica.

–Papá está muerto.

Los turistas desoyen los gritos de la niña que corre por la costa: la estrella de mar es aplastada por sus pies.

–¡Papá se ahoga!

–Fue un sueño, regresa –pide Julián–.

–¡Papá se ahoga!

–¡Mamá, Estrella va a meterse al mar!

Estrella arrepiente el arrebato justo en la orilla. La tarde es poética, va a anochecer.

–Va a anochecer. Ya no lo vamos a...

Y es cuando despierta... Julián mira que Estrella junto a la estrella despierta espástica.

–Papá está muerto (ya pasó ¿no?).

Los turistas desoyen los gritos de la niña que corre por la costa: la estrella de mar es aplastada por sus pies.

–¡Papá se ahoga!

–Fue un sueño, regresa. ¡Mamá, Estrella va a meterse al mar! –grita Julián–.

Estrella arrepiente el arrebato justo en la orilla. La tarde es poética, va a anochecer.

–¡Estrella! –grita mamá–.

–Va a anochecer. Ya no lo vamos a en...

–¡Estrella!

–...contrar. –Es claro para Estrella pero no para mamá que llega a cargar a su pequeña Estrella–.

Estrella lo cuenta todo.

Mamá, Julián y Estrella miran al horizonte buscando a papá... las grandes rocas –tan poéticas en ciertos casos– parecen tener mermelada de fresa.

Hoy

Debí hacerle caso a Estrella mientras oía el sol. Debí hacerle caso a Estrella mientras oía el sol del piano viejo de mamá para afinarse y cantarle a los invitados. Estrella me miraba con impaciencia como si el destino se le saliera de la lengua, como si cualquier cosa que dijera fuese imposible de evitar, como si todo estuviese escrito. Estaba un poco tomada, tal vez eso la atrevió más. Pero reflejaba seriedad mientras lo decía.

–Julián, yo lo vi todo antes de que papá y mamá... Algo tengo con la familia y hoy tú...

–Estrella ya no bebas más –se lo dije porque no quería escuchar, no quería estar ahí otra vez para que me dijera papá murió o mamá murió. ¿Ahora qué me iba a decir?–.

–Es mi cumpleaños, aquí están mis amigos, quiero divertirme.

–No me gusta verte así –obviamente no tenía ningún problema con que bebiera, era lo otro–.

–Mira a tu derecha –lo dijo tajante–.

–¿Qué? –y volteé: había gente bailando–. ¿Exactamente a quién quieres que mire?

–Mira a tu derecha –lo dijo como si fuera algo necesario–.

–Lo estoy haciendo –estaba confundido–.

–Escúchame Julián, hoy que puedo adelantarlo. *Mira a tu derecha* –besó mi mejilla y se alejó a cantar.

Voltee a mi derecha y me acordé de papá y mamá. Recordé que Estrella lo supo antes. Nada de escalofríos. Nada de sospechas. Nada de paranoia en mí. Sólo tenía que hacer lo que me dijo.

Voltee a mi derecha, había gente bailando.

Voltee a mi derecha (porque ya tenía otra) y estaba la puerta de salida.

Voltee a mi derecha (la nueva) y ahí estaba la casa que nos dejaron antes de morir, blanca, iluminada por el sol que estaba centelleante.

Voltee a mi derecha (la nueva) una pared con hiedras.

Deduje que sería una estupidez estar mirando cada derecha: daría círculos sin llegar a nada.

–Si el destino me tiene preparado algo hoy –pensé–, que lo haga, tengo miedo, pero que lo haga.

Sonó el celular. Miré en la pantalla el nombre de Tania.

–Tania ¿por qué no viniste?

–No soy Tania –para mi sorpresa contestó una voz masculina un tanto gutural–.

–¿Quién habla?

–Sabemos dónde estás. No le digas a nadie. Calladito. Siempre calladito. Tenemos a tu novia. Si no quieres que mis cinco amigos y yo nos divirtamos con ella, trae...

Mucho dinero. Eso pedían. En tal calle con tal calle, mucho dinero y recordé mirar a la derecha pero eso nada resolvía, nada de la letanía de insultos y amenazas sexuales. ¿Qué iba a pasar? ¿Qué sabía Estrella? ¿Qué soñó? ¿Por qué no me contó más? Mucho dinero. Insultos. Amenazas. La voz gutural de un tipo. Y atrás de su voz otra de alguien que se queja. Mucho dinero que yo podía pagar. Debí hacerle caso a Estrella mientras oía el sol.

La estrella de Julián

Estrella llora sosteniendo las nubes. Estrella llora sosteniendo un ramo de nubes junto al féretro vacío de Julián. Jamás sabrán dónde quedó el cadáver, ella se los dijo a todos los amigos, a toda la familia, a Tania que lloraba desconsolada cuando le contó todo, cuando Estrella le dijo “nada puedes hacer, no volteó a la derecha”.

Julián llega al lugar indicado con el dinero prometido. El lugar a las cinco de la tarde, vacío. Julián siempre ha tenido confianza en sí mismo, en su fuerza, en su hombría. El lugar es una calle desolada, llena de basura. Por una esquina cercana de vez en cuando pasa algún transeúnte.

Julián ha sido amenazado ya por el problema del rector. Julián tiene miedo de que este secuestro sea una forma de represión, alguna forma de querer quitarle las ganas de seguir en la causa, tiene miedo de que algún alto mando de la universidad esté inmiscuido. Sea lo que sea, Tania está en peligro y él ama a Tania desde hace dos años, no ha habido otra novia en su vida y no quiere que haya otra porque no, porque su amor es puro, porque...

A Julián no le alcanza el pensamiento porque un hombre de traje gris se le acerca y le dice:

–Entra al coche –al mismo tiempo que señala a la izquierda–.

Julián volteo a la izquierda y mira un auto oscuro y largo.

–Aquí traigo el dinero. Aquí te lo doy, aquí quedamos.

–El dinero no me importa.

–¿Dónde la tienes?

–Entra al auto.



El tipo alto recoge a Julián del suelo, lo echa al auto mientras Julián piensa “Es el fin. ¿Cuándo debí voltear a la derecha? ¿Cuándo debí voltear?”

—¿Dónde la tienes? Ya te traje el dinero. ¿Dónde la tienes?

Y del lado izquierdo ya se ha acercado un tipo alto y le asesta un macanazo en la nuca.

El cuerpo flácido de Julián resbala hasta el suelo.

—Tania —alcanza a decir—.

En la fiesta, Tania mira a Estrella resbalar de pronto hasta el suelo. En sus ideas, en su mente, donde sea que se aparezca ese instinto, en todo su cuerpo, Estrella está mirando a su hermano ser ultrajado. El tipo alto recoge a Julián, lo echa al auto. Como fotografías, ya vienen en la mente de Estrella inexplicables momentos: una montaña árida, una mano de Julián enterrada entre hierba mala, el incendio de un auto negro, carteles en la universidad de “se busca”, de “represión”; a Estrella no le gustaría tener esta virtud, a Estrella le gustaría liberarse, saber ya cuándo ella se va a morir para adelantar el momento, pero intuye que su vida es larga y que de algo debe ayudar lo que tiene, si de algo sirve más que para mortificar.

El tipo alto recoge a Julián del suelo, lo echa al auto mientras Julián piensa “Es el fin. ¿Cuándo debí voltear a la derecha? ¿Cuándo debí voltear?”

No hemos contado el momento en que Julián, luego de haber recibido la llamada del secuestro, se fue de la fiesta, tomó el carro estacionado y arrancó.

El carro estaba estacionado a la izquierda de la casa. Tania venía buscando en su bolso el ce-

lular para decirle a Julián que ya estaba llegando. En ese momento se dio cuenta de que lo había perdido. Alzó la mirada y vio el auto de Julián arrancar. Tania, desde la derecha de la casa, gritó su nombre, Tania increpó el nombre de Julián, desde la derecha de la casa.

—¡Julián! ¡Amor! ¡Julián!

Lo mismo increpa frente al ataúd vacío mientras Estrella llora sosteniendo las nubes.